



NEPTUNO NOS AYUDARÁ.

EL TERRIBLE VENGADOR,

LOS NEGRITOS.

XXII.

VIRTUD Y AMOR.

— ¡Amada mía! exclamó el capitán arrojándose a los pies de Matilde; gracias, gracias por esta prueba de confianza.

— Levantaos, Mr. Enrique, contestó la joven, y respondedme á lo que vengo á preguntaros.

Enrique se puso en pie y retrocedió algunos pasos diciendo:

— Ese tono.... ¿Ha'ré interpretado mal esta visita? ¿La debo tal vez al sentimiento de una fría compasión? ¿No es el amor?...

— Es preciso que cese la cruel incertidumbre que padezco; necesito pruebas incontestables para seguir defendiendo vuestra inocencia.

— ¿Me has.... me habeis defendido?
— He cumplido con mi deber delante de mi padre, y en presencia del cónsul británico: pero esto no basta, y vengo á buscar en esta entrevista las fuerzas que me faltan.

— ¿Es decir que no me juzgais indigno de vuestro amor, de vuestra adorable mano?

— No me habeis así, Mr. Enrique; pensad que os amenaza un gran peligro; que debeis confundir á vuestros acusadores y que mañana tal vez no podré valerlos.... Vuestro honor y vuestra vida antes que todo, Mr. Enrique.

— Decidme pues, amada Matilde. ¿Qué debo hacer?

— Todo depende de que me permitais leer en el fondo de vuestra alma.

— No hay cosa que yo no sacrifique al placer de que me juzgueis tal como soy.

— ¿Tienen vuestros enemigos alguna prueba para acusaros de pirata?

— Si, por desgracia.

— ¡Ah! ¿Con que es cierto?

— No.

— Es imposible comprenderos.

— Nada mas facil: he perseguido á los ingleses, he echado sus barcos á pique y teñido con sus sangre las olas del mar.

— ¡Y qué! ¿Os parecen poca cosa esos horrores?

— No he sido pirata, porque he respetado todos los pabellones, á escepcion del británico.

— ¿Qué buque mandabais?

— El *Terrible Vengador*....

— ¡Cómo! El bergantín que hace un año....

— Estaba fondeado en el rio de Nueva-Orleans, y que encontró su sepulcro en el de *Gallinas*; el mismo, Matilde.

— ¡Con que erais ya *bucanero* la primera vez que me visteis!... ¡Ah! ¡Me engañasteis vilmente!...

— Repito que nunca lo he sido: salí de la Habana con una goleta y la cambié con el *Terrible* en las islas de los *piratas*.

— Y desde entonces....

— Desde entonces empecé á cumplir el juramento que habia hecho de vengar á mi padre, infamemente colgado de una verga por los que hoy me persiguen.

— ¡Qué decís!

— Ese era mi secreto; ya lo sabeis.

— ¡Desgraciado!

— Si; muy desgraciado: bien podeis decirlo.

Mi corazón ha sufrido cruelmente por largo tiempo y solo hallaba placer en el esterminio de los verdugos de mi familia. Porque mi hermano también, hermosa Matilde, mi hermano, la mitad de mí mismo, mi inolvidable Eduardo se salvó por milagro de la bárbara carnicería que hicieron en su buque los ingleses; y apesar de eso fué mas diestro que yo; porque atravesó con su puñal el corazón del asesino de mi padre, y pereció con batiendo en aquella horrorosa noche, la ultima que el cielo permitió á mi venganza.

— Me estremezco por vos, Enrique.... ni acierto á aconsejaros....

— ¡Aconsejarme!

— ¿Los oficiales de vuestro bergantín os son adictos?

— Ahora me haceis recordar.... tengo aqui una carta que me han escrito... por otra parte, estoy tranquilo si me dejan pasar aqui la noche.

— ¡Y lo decís con tanta indiferencia! ¡Ah! Salvaos, si podeis, Mr. Enrique.

— Está en mi mano, Matilde, y quizás este papel contendrá otros planes que ignoro.

— Abridlo pues sin tardanza y sepamos lo que se debe esperar.

— ¿Para que?

— ¡Ah! Me desesperais, Mr. Enrique. ¿No conocéis que vuestra vida está pendiente de un hilo? ¿Que os van á matar? ¿Que vuestra conducta justificará su sentencia?

— Ya lo sé.

— Leed ese papel hombre de mármol; compadeceos de mis lágrimas; salvaos; os lo suplico postrada á vuestros pies....

— No; esa humilde postura no os conviene: os dará gusto viendo lo que ha escrito mi piloto, que estaba en español.

Abrió la carta y tradujo en voz baja lo siguiente:

«A las nueve de la noche se presentará un comisario de policia en la cárcel acompañado de varios marinos armados para trasladar al pirata Enrique de Guinza á la corbeta de Guerra: el pirata obedecerá sin murmurar, solo se le permitirá desplegar los labios, cuando llegue á bordo del buque que debe conducirle fuera de puerto, y que en este instante está sobre una ancla.

— Ya lo veis, dijo Enrique rompiendo la carta y tragando la parte escrita.

— ¡Esta noche! repuso Matilde con acento triste.

— ¡Conque no hay remedio! ¡Y deciais que vuestro piloto!

— ¡Qué inocente sois, Matilde! El comisario es mi piloto; los marinos armados los míos; la corbeta de guerra mi bergantín.

—¿Es posible! ¡Ah! saldreis al fin mañana: no temeré por vuestros dias....

—¡Mañana!..... Mañana veremos...

—¿Qué es lo que quereis decir?

—Una pregunta, Matilde. ¿Sereis esposa mia?

—¡Dios mio! ¿Esta en mi mano lo que me pedis?... Mi padre...

—¡Vuestro padre!... No; vuestras preocupaciones son las que se oponen à mi ventura; me veis acusado, y os figurais empañado vuestro honor con mi alianza.... ¡Qué amor tan desinteresado!

—Si creis que al renunciar à mis esperanzas nada pierdo yo en felicidad, os perdono la crueldad con que estais despedazandome el alma.

—Soy un barbaro, mi querida Matilde, un ingrato que solo merece tu desprecio; pero tú me amas todavia. ¿No es verdad? Tú no micas en mi un hombre que ha cometido cien muertes; sino un hijo que ha vengado à su padre y un amante tierno que anhela tu dicha y la suya. Júrame que esta noche huirás conmigo de Nueva-Orleans, v.....

—Basta, Mr. Enrique; acaba de caer la venda que cubria mis ojos: ya veo que no me amais cuando anteponeis vuestros deseos à mi reputacion.

—Es el único recurso que nos queda.

—Jamás consentiré en él: no daré la muerte à mi honrado padre, ni me cubriré de infamia.

—Está bien; no seré yo menós generoso: mañana, si vais al muelle me vereis colgado de una verga de la corbeta de guerra.

—Enrique;

—No; no es eso: no daré ese último placer à mis enemigos; moriré, pero no me matarán. Acordaos del *Solitario* que me disteis como una prueba de amor.....

—Enrique!

—¿Qué me quereis? Somos desde este instante extraños el uno para el otro: os devuelvo vuestra palabra... Adios.

—¡Ah! detente; por compasion.... yo te amo mas que nunca.... Salvate.

—Sígueme esta noche....

—¡Imposible! ¡Imposible! Mi honor antes que todo....

—Pues bien; antes la muerte que sobrevivir à la esperanza.

—¿Quién habla aquí de muerte? dijo *Borrasca* apareciéndose de pronto à los dos amantes.

—¡Amigo mio! exclamó Enrique estrechándole entre sus brazos.

—Si prosiguió el piloto señalando à Matilde; ahí estan los ojos negros... antes de partir al Africa dije que serian de mal agüero para nosotros. Nadie sabe los daños y perjuicios que nos acarrear en esta pobre vida unos ojos negros; y no hablemos de los cruceros ingleses que son tan buenos como ellos: de esto se deduce que no hay en el mundo cosa mas útil que un amigo. Acuérdese Vd. de esto capitán y todo irá à las mil maravillas; unos ojos negros no hacen mas que llorar, pero un buen amigo puede comprometer à veinte perillanes determinado: para libertar à otro; supongo que cierto escribo...

—Lo he recibido, *Borrasca*.

—Eso queria saber: lo dicho dicho y hasta la noche. Una vez afuera, Neptuno nos ayudará.

Enrique le apretó la mano y murmuró:

—Hasta la eternidad.

Matilde apenas podia sostenerse, y su amante la dijo:

—Os perdono lo que acabais de hacer; el cielo lo ha dispuesto.... cúmplase su voluntad.

—Enrique... gritó ella arrojándose à sus brazos, cúmplase su voluntad, cedamos à nuestra mala suerte no te seguiré, repito; no echaré tan feo borron sobre mi nombre, pero sabré morir.

(Continuará)

REVISTA DE TEATROS.

EL MAL PADRE.

Mala fortuna nos dé Dios si no estamos ya ansiosos de hacer nuevas escursiones al terreno teatral de donde nos han alejado por algunos meses los ardores del verano, que va ya de capa caída, si es que lo de capa y lo de verano son

cosas que à un dos por tres puedan avenirse. Tornamos, pues, à la antigua tarea llenos de confianza, pues no somos gentes tan supersticiosas que nos parezca de mal agüero inaugurarlos con un *mal padre* para decir si es mal drama, ó bueno, ó median, ó para no fijarnos en ninguna de las tres calificaciones, dejando à arbitrio de quien leyere que le aplique la que mas le cuadre. segun lo que de nuestro imparcial relato deduzca.

Desde que se levanta el telon sabemos que Marcelo y Barroquet son íntimos amigos; que el primero es melancólico y festivo el segundo: que aquel debe batirse dentro de una hora y que a este le toca guardar silencio: figuran despues en la escena, Rosa, que debe casarse con Simon, oficial de relojero: Brijida, que, à pesar de no ser ya ninguna muchacha, aspira à unirse con Barroquet; y Luisa, tia de Marcelo, y soltera, sin que por eso dejen de tener adelantado mucho mas que las otras dos para el matrimonio. Lo maliciamos así al notar que, sentada à la mesa con los antedichos personajes, se desmaya solo porque Simon la llama con la mayor candidez virtuosa y honrada; y nos persuadimos de ello al saber que Marcelo va à batirse con el hombre que la habia dejado en memoria de su mal proceder una hermosa niña: le mata en el desafio, y para dejar íntesa la honra de su tia, adopta por suya à la infeliz criatura, fruto de aquel amor desgraciado: no contento con prestarla tan insigne servicio, la entrega dos mil francos para que huya del pais donde vive y aleje así toda sospecha. Marcelo es grabador de oficio y no consigue esta suma sino vendiéndose por soldado; de donde dedujimos una de dos consecuencias, ó que Marcelo no era muy fuerte en su facultad, ó que en los tiempos en que la ejercia andaban las artes por los suelos como hoy andan entre nosotros. Por no cortar el principal hilo de la trama hemos pasado por alto un incidente; Barroquet es de genio pusilánime; Brijida su futura es una hembra de calidad, que dice una fresca al lucero del alba, y por quitarme alà esas pajas sacude un solemne bofeton al que todavia no es su esposo: este, para desahogarse de palabra, necesita que contengan à Brijida, pronta siempre à que su voz prevalezca por vias de hecho; Barroquet inseparable de Marcelo, tambien se vende para el ejército: al saberlo Brijida le dice: —*¿Tú tambien te vas?* —Si, contesta Barroquet, *à aprender à valiente*; —de Brijida hacia la señora Llerente, de Marcelo el señor Romea, de Barroquet el señor Subrado.

Entre los actos primero y segundo pasan quince años, al cabo de los cuales se han mudado en casamiento Simon; y Rosa ha dado la vela para el otro mundo. Luzia, Marcelo y Barroquet han vuelto de campaña, y la criatura adaptada por aquel ha cumplido ya tres lustros presentándose con el nombre de Maria y con el esbelto talle de la Teodora Lamadrid. Misteriosa aparece la conducta de Marcelo para con Maria, se esfuerza por dar visos de desabrimiento à las palabras que la dirige: no obstante ella está persuadida de que la ama en el fondo de su corazón el que tiene por padre, fundándose como à él mismo se lo manifiestan en que no pueden ser sino suyos los regalos que de continuo la hace Barroquet, y no pueden atribuirsele à este por su conocida ruindad y proverbial avaricia. En vano procura disuadirle Marcelo, encareciéndole las relevantes cualidades de Barroquet, cuya mano la propone: cede al fin al suave y cariñoso acento de Maria, la rebea que no es su padre sino ante los hombres, por salvar el honor de la mujer à quien debe la vida: declara la su pasion amorosa; la hace comprender lo imposible que es legitimarla; y la insta de nuevo à que admita à Barroquet por esposo. Se resigna la jóven à sufrir los rigores de su estrella, y oprimida por lo inmenso del sacrificio se desmaya despues de estampar su firma en el contrato.

En el segundo intermedio de este drama desea uso de todo corazón que resucite si es posible el hombre muerto en desafio para que deshaga todo aquel enredo y para que Marcelo y Maria sean venturosos; y cruce de punto este deseo al ver como mortifican todos en el tercer acto à Marcelo, acusándole de mal padre porque violenta la voluntad de su hija. Por fin se compone el asunto de otro modo, pues despues de que Simon y Rosa abandonan al mal padre, des-

pues de que Brijida le reconviene severa, y despues de que Marcelo y Maria se despiden para no volverse à ver nunca, llega Barroquet con bastante oportunidad mostrando la fé de bautismo de la jóven, y en ella consta que Luisa la habia reconocido por hija, no aceptando de consiguiente el sacrificio de su sobrino; con lo que Marcelo y Maria se casan, y Barroquet y Brijida siguen su ejemplo.

Despues de narrar sucintamente el argumento del *mal padre*, añadimos que en nuestro sentir tiene el primer acto algo de sainete, el segundo mucho de drama, y el tercero un poquito de lo uno y de lo otro. Por lo que hace à la idea sobre que gira esta produccion justo es concederle originalidad: sus actores (porque son dos salvo error de cuenta ó pluma ó atolondramiento de cabeza) han sacado del mismo pensamiento, que en la otra donna, todo el partido que podia esperarse, sembrándola de algunas situaciones dignas de elogio, sin que por eso carezca de enormes defectos: el carácter de Barroquet es del todo inverosímil pues no hay amigo tan supeditado por otro que tome y deje novia à la mas leve insinuacion suya, ni hombre, por pécato que sea, que se deje enamorar à bofetones por una muger ya entrada en años. En el *mal padre* no está tan bien combinado lo *sentimental* y lo *ridículo*, la *ternura* y la *risa* como se colige de la nota que leimos à continuacion del anuncio de los carteles; antes bien en mas de una ocasion destruye lo estravagante el efecto que produce lo tierno como sucede al final del segundo acto, el mejor de todo el drama, con el desmayo de Brijida despues del de Maria.

Este drama está traducido por el señor don Antonio Ojeda, quien ya dió muestras en el *Capitan azul* de que sabe elegir originales, que si no son de gran mérito en el fondo, por no ser humo de pajas satisfacer este requisito con el repertorio francés ya tan manoseado, entretienen à los espectadores mientras su representacion dura, por mas que el minuto de concluida no dejen sus personajes sentimiento alguno en el corazón, ni el mas leve recuerdo à la mente.

A la circunstancia estrénase *La Favorita* en el teatro del Circo, atribuimos la escasa concurrencia que hubo en la representacion del *mal padre*; este drama fue aplaudido: sin embargo para que obtenga igual éxito en las provincias es condicion indispensable que sea tan perfectamente ejecutado como lo fue en el teatro del Principe.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche.

Primera representacion de la comedia nueva; en dos actos, traducida del francés, con el título de

LA OPERA Y EL SERMON.

Intermedio de boleras nuevas jaleadas, por la señora Flores y el señor Alonso.

En seguida se ejecutará por primera vez la pieza nueva de carácter andaluz, en un acto y en verso, titulada:

Casala, Virgen y Martir.

Terminará la funcion con baile nacional.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.

Se pondrá en escena el drama nuevo, en tres actos, traducido del francés titulado:

EL MAL PADRE.

Pax de deux de la Giselle por Mme. y Mr. Finart.

Terminará el espectáculo con la divertida pieza en un acto, titulada:

Las Ventas de Cárdenas.